

OBRAS REUNIDAS II

CUENTOS

ROSARIO

CASTELLANO



Rosario Castellanos nació en la ciudad de México en 1925. Fue narradora, poeta, dramaturga y ensayista. Trabajó en el Instituto Nacional Indigenista y fue jefa de información y prensa de la Universidad Nacional, donde también dio clases. Fue becaria Rockefeller en el Centro Mexicano de Escritores de 1954 a 1955. Obtuvo el Premio Chiapas 1958, por *Balún-Canán*, y en 1961 se le otorgó el Xavier Villaurrutia por *Ciudad Real*. En 1962, *Oficio de tinieblas* obtuvo el Premio Sor Juana Inés de la Cruz. Mereció también los premios Carlos Trouyet de Letras, en 1967, y Elías Sourasky, en 1972. En 1971 fue comisionada como embajadora de México en Israel, donde murió trágicamente en 1974. El FCE tiene en su catálogo *Balún-Canán* (1957), *Poesía no eres tú* (1972), *El eterno femenino* (1975), *Mujer que sabe latín...* (1983), *Juicios sumarios* (1984), *Meditación en el umbral* (1985), dos tomos de sus *Obras* (1989, 1998) y *Sobre cultura femenina* (2005).

OBRAS REUNIDAS

II

ROSARIO CASTELLANOS

OBRAS REUNIDAS

II

Cuentos



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 2005

[Primera edición en libro electrónico, 2012]

Castellanos, Rosario

Obras reunidas II. Cuentos / Rosario Castellanos ; presentación de Eduardo Mejía. — México : FCE, 2005

367 p. ; 26 × 19 cm — (Colec. Obras Reunidas)

ISBN 978-968-16-7282-9 (tomo II)

ISBN 978-968-16-7524-0 (obra completa)

I. Cuentos 2. Literatura mexicana — Siglo XX I. Mejía, Eduardo, present.
II. Ser III. t IV. t: Ciudad Real V. t: Los convidados de agosto VI. t: Álbum de familia

LC PQ 7298

Dewey M863 C135o

D. R. © 2005, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México
www.fondodeculturaeconomica.com
Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel.: 55-5227-4672

Diseño de forro e interiores: R/4, Pablo Rulfo
Fotografía de la portada: cortesía de Gabriel Guerra Castellanos

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-968-16-7282-9 (empastada, tomo II)

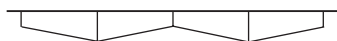
ISBN 978-968-16-7524-0 (empastada, obra completa)

ISBN 978-607-16-4846-4 (pdf)

ISBN 978-607-16-1173-4 (epub)

Impreso en México • *Printed in Mexico*

ÍNDICE



Presentación • 9

CIUDAD REAL [13]

La muerte del tigre • 19

La tregua • 27

Aceite guapo • 33

La suerte de Teodoro Méndez Acubal • 41

Modesta Gómez • 47

El advenimiento del águila • 54

Cuarta vigilia • 62

La rueda del hambriento • 69

El don rechazado • 91

Arthur Smith salva su alma • 98

LOS CONVIDADOS DE AGOSTO [129]

Las amistades efímeras • 135

Vals “Capricho” • 146

Los convidados de agosto • 161

El viudo Román • 181

ÁLBUM DE FAMILIA [235]

Lección de cocina • 241

Domingo • 250

Cabecita blanca • 265

Album de familia • 275

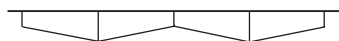
OTROS TEXTOS [329]

Crónica de un suceso inconfirmable • 331

Primera revelación • 339

Tres nudos en la red • 353

Presentación



ROSARIO CASTELLANOS nació el 25 de mayo de 1925 en la ciudad de México, pero a las pocas semanas su familia se trasladó a su lugar de origen, Chiapas, donde transcurrió su infancia. Durante los años cuarenta viajó al Distrito Federal, en compañía de su nana, para inscribirse en la preparatoria y posteriormente en la universidad, donde comenzó estudiando derecho y terminó graduándose en filosofía.

En ese periodo pasaba parte de sus días en compañía de lo que se conoció como la Generación de los 50: estudiantes de letras que conformaban un grupo vital e influyente en el que alineaban Sergio Galindo, Jaime Sabines, Emilio Carballido, Ernesto Mejía Sánchez, Sergio Magaña, Ernesto Cardenal, Otto-Raúl González, Octavio Novaro, Dolores Castro, Augusto Monterroso. Aunque Castellanos prosiguió sus estudios de filosofía hasta el posgrado, dedicó la mayor parte de sus esfuerzos a la literatura: se dio a conocer como poeta a finales de los años cuarenta en la revista *América*, dirigida por Marco Antonio Millán. Ahí publicaban Efrén Hernández, Margarita Paz Paredes, Juan José Arreola, Emilio Carballido, Margarita Michelena y Juan Rulfo.

En 1948, el mismo año en que murieron sus padres y presentó su tesis de maestría —*Sobre cultura femenina*—, Rosario Castellanos colaboró asiduamente en *América*, y allí, en forma de separata, editó algunos de sus primeros títulos de poesía: *Trayectoria del polvo*, *Apuntes para una declaración de fe*, *De la vigilia estéril*, y una edición conjunta de *Presentación en el templo* y *El rescate del mundo*.

La autora pronto adquirió renombre en la poesía, pero también publicó relatos cortos, algunos de los cuales, corregidos, formaron parte de su primer libro de cuentos *Ciudad Real*. Ahí pinta, con un lenguaje crudo y sin concesiones, el mundo de Chiapas desde tres puntos de vista: el de los indígenas, el de los blancos y otro intermedio en el que conviven ambos; este libro muestra, quizá con más profundidad que las dos novelas que hablan también de Chiapas, las desigualdades, las injusticias, las iniquidades de esos dos universos tan difíciles de conciliar y que explota-

ron el 1º de enero de 1994. El subcomandante Marcos ha declarado que éste fue un libro clave en su formación y en su decisión de tomar la parte de los indígenas de Chiapas.

Este libro ha corrido con una accidentada vida editorial; apareció primero, en 1960, en la colección Ficción que dirigía su amigo Sergio Galindo para la editorial de la Universidad Veracruzana, y en 1974, cuando llevaba varios años sin circular, Luis Guillermo Piazza lo incluyó en la colección Grandes Escritores, de la Editorial Novaro; al poco tiempo esta editorial, pese a que su estupendo catálogo incluía a José Revueltas y Salvador Novo, quedó fuera de las librerías. En 1982 fue reeditado por la Universidad Veracruzana, que finalmente cedió los derechos, en los noventa, a Alfaguara.

En 1964 Castellanos publicó otro de sus libros clave, *Los convidados de agosto*, que también sucede en Chiapas, aunque temáticamente es distinto del primero; lo conforman cuatro relatos que plantean tramas más contemporáneas y ciudadanas, con dilemas menos localizados; hay una mayor preocupación estética, un manejo del lenguaje muy cuidadoso y un humor y una ironía que antes no había manejado en la prosa. Son relatos de amor, ilusiones y desilusiones. El volumen apareció en Ediciones Era, y se reedita con frecuencia. El cuento “El viudo Román”, tomado de este libro, fue llevado con fortuna al cine con el título de *El secreto de Romelia*.

En 1971, en la Serie del Volador de la Editorial Joaquín Mortiz, Rosario Castellanos publicó su último libro en vida, *Album de familia*, un volumen de relatos situados en la ciudad de México, con argumentos no sólo urbanos sino profundamente irónicos. “Lección de cocina” retrata a la mujer incapaz de llevar a cabo las más sencillas tareas domésticas, aunque piensa, como de paso pero con intensidad, en los dilemas conyugales; “Álbum de familia”, páginas extraídas de su novela *Rito de iniciación* (aparecida póstumamente en 1997), es una sátira de la vida intelectual, en la que dos poetisas noveles se enfrentan, con odio y admiración, a una reconocida escritora. Basado originalmente en su obra de teatro *Tablero de damas*, este relato hirió la vanidad del mundo literario de la ciudad de México y muchas de las colegas de la autora se sintieron retratadas (tal vez con razón). Los otros cuentos, “Domingo” y “Cabecita blanca”, plantean temas caros a Castellanos: la incompreensión entre cónyuges, el chantaje sentimental, la insatisfacción, la manipulación.

Este libro, breve e irónico, parece diametralmente opuesto a los del “ciclo de Chiapas”, pero no lo es: también habla de injusticias e iniquidades y de desencuentros, no entre blancos e indígenas sino entre hombres y mujeres, mujeres y mujeres, esposas y esposos.

Este segundo tomo de las *Obras reunidas* de Rosario Castellanos incluye además tres relatos que no aparecieron en ningún libro: “Crónica de un suceso inconfirmable”, publicado en 1949 en la revista *América*, y que fuera el arranque de *Balún-Canán*; “Primera revelación”, con toda la atmósfera de *Ciudad Real*, y “Tres nudos en la red”, con el ámbito y el estilo de *Los convidados de agosto*.

Aunque sus contemporáneos, y a ratos ella misma, consideraban que sus cuentos eran inferiores a su poesía y sus novelas, el tiempo ha dado solidez a su narrativa breve, que sigue siendo buscada por los lectores: sus personajes son enormemente complejos y reflejan una sonrisa que en la otra parte de su obra creativa se halla escondida; hay un manejo de la ironía y una visión del mundo que la hace entrañable, y propicia el reconocimiento del lector en estas criaturas literarias y las situaciones que las involucran.

EDUARDO MEJÍA

CIUDAD REAL

Cuentos. Colección Ficción, Universidad Veracruzana, 1960. Segunda edición, Colección Grandes Escritores Mexicanos, Novaro, 1974. Tercera edición, Universidad Veracruzana, 1982. Cuarta edición, Universidad Veracruzana, 1986.

Fragmento de una entrevista con Emmanuel Carballo,
*Diecinueve protagonistas de la literatura mexicana del
siglo xx*, Empresas Editoriales, 1965.

Si me atengo a lo que he leído dentro de esta corriente, que por otra parte no me interesa, mis novelas y cuentos no encajan en ella. Uno de sus defectos principales reside en considerar el mundo indígena como un mundo exótico en el que los personajes, por ser las víctimas, son poéticos y buenos. Esta simplicidad me causa risa. Los indios son seres humanos absolutamente iguales a los blancos, sólo que colocados en una circunstancia especial y desfavorable. Como son más débiles, pueden ser más malos (violentos, traidores e hipócritas) que los blancos. Los indios no me *parecen misteriosos* ni poéticos. Lo que ocurre es que viven en una miseria atroz. Es necesario describir cómo esa miseria ha atrofiado sus mejores cualidades. Otro detalle que los autores indigenistas descuidan, y hacen muy mal, es la forma. Suponen que como el tema es noble e interesante, no es necesario cuidar la manera como se desarrolla. Como refieren casi siempre sucesos desagradables, lo hacen de un modo desagradable: descuidan el lenguaje, no pulen el estilo... Ya que pretenden objetivos muy distintos, mis libros no se pueden incluir en esta corriente.

*Al Instituto Nacional Indigenista,
que trabaja para que cambien
las condiciones de vida de mi pueblo*

¿En qué día? ¿En qué luna? ¿En qué año sucede lo que aquí se cuenta? Como en los sueños, como en las pesadillas, todo es simultáneo, todo está presente, todo existe hoy.

La muerte del tigre



LA COMUNIDAD de los Bolometric estaba integrada por familias de un mismo linaje. Su espíritu protector, su waigel, era el tigre, cuyo nombre fueron dignos de ostentar por su bravura y por su audacia.

Después de las peregrinaciones inmemoriales (huyendo de la costa, del mar y su tentación suicida), los hombres de aquella stirpe vinieron a establecerse en la región montañosa de Chiapas, en un valle rico de prados, arboleda y aguajes. Allí la prosperidad les alzó la frente, los hizo de ánimo soberbio y rapaz. Con frecuencia los Bolometric descendían a cebarse en las posesiones de las tribus próximas.

Cuando la llegada de los blancos, de los caxlanes, el ardor belicoso de los Bolometric se lanzó a la batalla con un ímpetu que —al estrellarse contra el hierro invasor— vino a caer desmoronado. Peor que vencidos, estupefactos, los Bolometric resintieron en su propia carne el rigor de la derrota que antes jamás habían padecido. Fueron despojados, sujetos a cárcel, a esclavitud. Los que lograron huir (la ruina de su condición les sopló al oído este proyecto, los hizo invisibles a la saña de sus perseguidores para llevarlo al cabo) buscaron refugio en las estribaciones del cerro. Allí se detuvieron a recontar lo que se había rescatado de la catástrofe. Allí iniciaron una vida precaria en la que el recuerdo de las pasadas grandezas fue esfumándose, en la que su historia se convirtió en un manso rescoldo que ninguno era capaz de avivar.

De cuando en cuando los hombres más valientes bajaban a los parajes vecinos para trocar los productos de sus cosechas, para visitar los santuarios, solicitando a las potencias superiores que cesaran de atormentar a su waigel, al tigre, que los brujos oían rugir, herido, en la espesura de los montes. Los Bolometric eran generosos para las ofrendas. Y sin embargo sus ruegos no podían ser atendidos. El tigre aún debía recibir muchas heridas más.

Porque la codicia de los caxlanes no se aplaca ni con la predación ni con los tributos. No duerme. Vela en ellos, en sus hijos, en los hijos de sus hijos. Y los cax-

lanes avanzaban, despiertos, hollando la tierra con los férreos cascos de sus caballos, derramando, en todo el alrededor, su mirada de gavilán; chasqueando nerviosamente su látigo.

Los Bolometric vieron que se aproximaba la amenaza y no corrieron, como antes, a aprestar un arma que ya no tenían el coraje de esgrimir. Se agruparon, temblorosos de miedo, a examinar su conducta, como si estuvieran a punto de comparecer ante un tribunal exigente y sin apelación. No iban a defenderse, ¿cómo? si habían olvidado el arte de guerrear y no habían aprendido el de argüir. Iban a humillarse. Pero el corazón del hombre blanco, del ladino, está hecho de una materia que no se ablanda con las súplicas. Y la clemencia luce bien como el morrión que adorna un yelmo de capitán, no como la arenilla que mancha los escritos del amanuense.

—En este papel que habla se consigna la verdad. Y la verdad es que todo este rumbo, con sus laderas buenas para sembrar trigo, con sus pinares que han de tallarse para abastecimiento de leña y carbón, con sus ríos que moverán molinos, es propiedad de don Diego Mijangos y Orantes, quien probó su descendencia directa de aquel otro don Diego Mijangos, conquistador, y de los Mijangos que sobrevivieron después, encomenderos. Así es que tú, Sebastián Gómez Escopeta, y tú, Lorenzo Pérez Diezmo, y tú, Juan Domínguez Ventana, o como te llames, estás sobrando, estás usurpando un lugar que no te pertenece y es un delito que la ley persigue. Vamos, vamos, chamulas. Fuera de aquí.

Los siglos de sumisión habían deformado aquella raza. Con prontitud abatieron el rostro en un signo de acatamiento; con docilidad mostraron la espalda en la fuga. Las mujeres iban adelante, cargando los niños y los enseres más indispensables. Los ancianos, con la lentitud de sus pies, las seguían. Y atrás, para proteger la emigración, los hombres.

Jornadas duras, sin meta. Abandonando este sitio por hostil y el otro para no disputárselo a sus dueños. Escasearon los víveres y las provisiones. Aquellos en quienes más cruelmente mordía la necesidad se atrevieron al merodeo nocturno, cerca de las milpas, y aprovechaban la oscuridad para apoderarse de una mazorca en sazón, de la hoja de algunas legumbres. Pero los perros husmeaban la presencia del extraño y ladraban su delación. Los guardianes venían blandiendo un machete y suscitaban tal escándalo que el intruso, aterrorizado, escapaba. Allá iba, famélico, furtivo, con el largo pelo hirsuto y la ropa hecha jirones.

La miseria diezmó a la tribu. Mal guarecida de las intemperies, el frío le echó su vaho letal y fue amortajándola en una neblina blancuzca, espesa. Primero a los niños, que morían sin comprender por qué, con los puñezuelos bien apretados como para guardar la última brizna de calor. Morían los viejos, acurrucados junto

a las cenizas del rescoldo, sin una queja. Las mujeres se escondían para morir, con un último gesto de pudor, igual que en los tiempos felices se habían escondido para dar a luz.

Éstos fueron los que quedaron atrás, los que ya no alcanzarían a ver su nueva patria. El paraje se instaló en un terraplén alto, tan alto, que partía en dos el corazón del caxlán aunque es tan duro. Batido de ráfagas enemigas; pobre; desdeñado hasta por la vegetación más rastrera y vil, la tierra mostraba la esterilidad de su entraña en grietas profundas. Y el agua, de mala índole, quedaba lejos.

Algunos robaron ovejas preñadas y las pastorearon a hurtadillas. Las mujeres armaban el telar, aguardando el primer esquiteo. Otros roturaban la tierra, esta tierra indócil, avara; los demás emprendían viajes para solicitar, en los sitios consagrados a la adoración, la benevolencia divina.

Pero los años llegaban ceñudos y el hambre andaba suelta, de casa en casa, tocando a todas las puertas con su mano huesuda.

Los varones, reunidos en deliberación, decidieron partir. Las esposas renunciaron al último bocado para no entregarles vacía la red del bastimento. Y en la encrucijada donde se apartan los caminos se dijeron adiós.

Andar. Andar. Los Bolometric no descansaban en la noche. Sus antorchas se veían, viboreando entre la negrura de los cerros.

Llegaron a Ciudad Real, acezantes. Pegajosa de sudor la ropa desgarrada; las costras de lodo, secas ya de muchos días, se les iban resquebrajando lentamente, dejando al descubierto sus pantorrillas desnudas.

En Ciudad Real los hombres ya no viven según su capricho o su servidumbre a la necesidad. En el trazo de este pueblo de caxlanes predominó la inteligencia. Geométricamente se entrecruzan las calles. Las casas son de una misma estatura, de un homogéneo estilo. Algunas ostentan en sus fachadas escudos nobiliarios. Sus dueños son los descendientes de aquellos hombres aguerridos (los conquistadores, los primeros colonizadores), cuyas hazañas resuenan aún comunicando una vibración heroica a ciertos apellidos: Marín, De la Tovilla, Mazariegos.

Durante los siglos de la Colonia y los primeros lustros de la Independencia, Ciudad Real fue asiento de la gubernatura de la provincia. Detentó la opulencia y la abundancia del comercio; irradió el foco de la cultura. Pero sólo permaneció siendo la sede de una elevada jerarquía eclesiástica: el obispado.

Porque ya el esplendor de Ciudad Real pertenecía a la memoria. La ruina le comió primero las entrañas. Gente sin audacia y sin iniciativa, pagada de sus blasones, sumida en la contemplación de su pasado, soltó el bastón del poder político, abandonó las riendas de las empresas mercantiles, cerró el libro de las disciplinas

intelectuales. Cercada por un estrecho anillo de comunidades indígenas, sordamente enemigas, Ciudad Real mantuvo siempre con ellas una relación presidida por la injusticia. A la rapiña sistemática correspondía un estado latente de protesta que había culminado varias veces en cruentas sublevaciones. Y cada vez Ciudad Real fue menos capaz de aplacarlas por sí misma. Pueblos vecinos —Comitán y Tuxtla, Chiapa de Corzo— vinieron en auxilio suyo. Hacia ellos emigró la riqueza, la fama, el mando. Ciudad Real no era ya más que un presuntuoso y vacío cascarón, un espantajo eficaz tan sólo para el alma de los indios, tercamente apegada al terror.

Los Bolometric atravesaron las primeras calles entre la tácita desaprobación de los transeúntes que esquivaban, con remilgados gestos, el roce con aquella ofensiva miseria.

Los indios examinaban, incomprensiva, insistente y curiosamente, el espectáculo que se ofrecía a su mirada. Las macizas construcciones de los templos los abrumaron como si estuvieran obligados a sostenerlas sobre sus lomos. La exquisitez de los ornamentos —algunas rejas de hierro, el labrado minucioso de algunas piedras— les movía el deseo de aplastarlas. Reían ante la repentina aparición de objetos cuyo uso no acertaban a suponer: abanicos, figuras de porcelana, prendas de encaje. Se extasiaban ante esa muestra que de la habilidad de su trabajo exhibe el fotógrafo: tarjetas postales en las que aparece una melancólica señorita, meditando junto a una columna truncada, mientras en el remoto horizonte muere, melancólicamente también, el sol.

¿Y a las personas? ¿Cómo veían a las personas los Bolometric? No advertían la insignificancia de estos hombrecitos, bajos, regordetes, rubicundos, bagazo de una estirpe enérgica y osada. Resplandecía únicamente ante sus ojos el rayo que, en otro tiempo, los aniquiló. Y al través de la fealdad, de la decadencia de ahora, la superstición del vencido aún vislumbraba el signo misterioso de la omnipotencia, del dios caxlán.

Las mujeres de Ciudad Real, las “coletas”, se deslizaban con su paso menudo, reticente, de paloma; con los ojos bajos, las mejillas arreboladas por la ruda caricia del cierzo. El luto, el silencio, iban con ellas. Y cuando hablaban, hablaban con esa voz de musgo que adormece a los recién nacidos, que consuela a los enfermos, que ayuda a los moribundos. Esa voz de quien mira pasar a los hombres tras una vidriera.

El mercado atrajo a los forasteros con su bullicio. Aquí está el lugar de la abundancia. Aquí el maíz, que sofoca las trojes con su amarillez de oro; aquí las besitas de sangre roja, destazadas, pendiendo de enormes garfios. Las frutas pulposas, succulentas: el durazno con su piel siempre joven; los plátanos vigorosos, machos; la

manzana que sabe, en sus filos ácidos, a cuchillo. Y el café de virtudes vehementes, que llama desde lejos al olfato. Y los dulces, barrocos, bautizados con nombres gentilicios y distantes: tartaritas, africanos. Y el pan, con el que Dios saluda todas las mañanas a los hombres.

Esto fue lo que vieron los Bolometric y lo vieron con un asombro que ya no era avidez, que desarmaba todo ademán de posesión. Con un asombro religioso.

El gendarme, encargado de vigilar aquella zona, se paseaba distraídamente entre los puestos, canturreando una cancioncilla, espantando, aquí y allá, una mosca. Pero cuando advirtió la presencia de esos vagabundos andrajosos (estaba acostumbrado a verlos pero aislados, no en grupo y sin capataz ladino como ahora), adoptó automáticamente una actitud de celo. Empuñó con más fuerza el garrote, dispuesto a utilizarlo a la primera tentativa de robo o de violación a ese extenso y nebuloso inciso de la ley, que jamás había leído, pero cuya existencia sospechaba: perturbaciones del orden público. Sin embargo, los Bolometric parecían tener intenciones pacíficas. Se habían alejado de los puestos para ir a buscar un sitio vacío en las gradas de la iglesia de la Merced. Encucillados, los indios se espulgaban pacientemente y comían los piojos. El gendarme los observaba a distancia, complacido, porque el desprecio estaba de su parte.

Un señor, que rondaba en torno de los Bolometric, se decidió, por fin, a abordarlos. Rechoncho, calvo, animado por una falsa jovialidad, les dijo en su dialecto:

—¿Yday, chamulas? ¿Están buscando colocación?

Los Bolometric cruzaron entre sí rápidas y recelosas miradas. Cada uno descargó en el otro la responsabilidad de contestar. Por último el que parecía más respetable (y era más respetado por sus años y porque había hecho un viaje anterior a Ciudad Real), preguntó:

—¿Acaso tú puedes darnos trabajo? ¿Acaso eres enganchador?

—Precisamente. Y tengo fama de equitativo. Me llamo Juvencio Ortiz.

—Ah, sí. Don Juvencio.

El comentario era, más que eco de la fama, seña de cortesía. El silencio se extendió entre los interlocutores como una mancha. Don Juvencio tamborileaba sobre la curva de su abdomen, a la altura del botón del chaleco donde debería enroscarse la leontina de oro. Comprobar que no era propietario aún de ninguna leontina, le hizo hincar espuelas a la conversación.

—¿Entonces qué? ¿Hacemos trato?

Pero los indios no tenían prisa. Nunca hay prisa de caer en la trampa.

—Bajamos de nuestro paraje. Hay escasez allá, patrón. No se quieren dar las cosechas.

—Más a mi favor, chamula. Vamos al despacho para ultimar los detalles.

Don Juvencio echó a andar, seguro de que los indios lo seguirían. Hipnotizados por esta seguridad, los Bolometric fueron tras él.

Lo que don Juvencio llamaba, con tanta pompa, su despacho no era más que un cuchitril, un cuarto redondo en una de las calles paralelas a la del mercado. El moblaje lo constituían dos mesas de ocote (en más de una ocasión las astillas de su mal pulida superficie habían rasgado las mangas de los únicos trajes de don Juvencio y de su socio), un estante repleto de papeles y dos sillas de inseguras patas. En una de ellas, posando con una provisionalidad de pájaro, estaba el socio de don Juvencio: un largo perfil, protegido por una visera de celuloide verde. Graznó cuando tuvo ante sí a los recién venidos.

—¿Qué trae usted de bueno, don Juvencio?

—Lo que se pudo conseguir, mi estimado. La competencia es dura. Enganchadores con menos méritos —¡yo tengo título de abogado, expedido por la Escuela de Leyes de Ciudad Real!— y con menos experiencia que yo, me arrebatan los clientes.

—Usan otros métodos. Usted nunca ha querido recurrir al alcohol. Un indio borracho ya no se da cuenta ni de lo que hace ni de a lo que se compromete. Pero con tal de ahorrar lo del trago...

—No es eso. Es que aprovecharse de la inconsciencia de estos infelices es, como dice Su Ilustrísima, don Manuel Oropeza, una bribonada.

El socio de don Juvencio mostró los dientes en una risita maligna.

—Pues así nos va con sus ideas. Usted era el que afirmaba que todo podía faltar en este mundo pero que siempre sobrarían indios. Ya lo estamos viendo. Las fincas que nos encargaron sus intereses corren el riesgo de perder sus cosechas por falta de mano de obra.

—Es de sabios cambiar de opinión, mi querido socio. Yo también decía... pero, en fin, ahora no hay por qué quejarse. Ahí los tiene usted.

Don Juvencio hizo el ampuloso ademán con que el prestidigitador descorre el velo de las sorpresas. Pero el sentido de apreciación de su socio permaneció insoportable.

—¿Ésos?

Don Juvencio se vio en el penoso deber de imitar la voz.

—¡Ésos! ¡Con qué tono lo dice usted, señor mío! ¿Qué tacha puede ponérseles? El socio de don Juvencio se encogió de hombros.

—Están con el zopilote en la anca, como quien dice. No van a aguantar el clima de la costa. Y como usted es tan escrupuloso...

Don Juvencio se aproximó a su socio, enarbolando un dedo humorísticamente amenazante.

—¡Ah, mañosón! Si bien hacen en llamarle ave de mal agüero. Pero tenga presente, mi estimado, aquel refrán que aconseja no meterse en lo que a uno no le importa. ¿Es acaso responsabilidad nuestra que estos indios aguanten o no el clima? Nuestra obligación consiste en que comparezcan vivos ante el dueño de la finca. Lo que suceda después ya no nos incumbe.

Y para evitar nuevas disquisiciones fue al estante y apartó un fajo de papeles. Después de entregarlos a su socio, don Juvencio se volvió a los Bolometric, conminándolos:

—A ver, chamulas, pónganse en fila. Pasen, uno por uno, ante la mesa del señor y contesten lo que les pregunte. Sin decir mentira, chamulas, porque el señor es brujo y los puede dañar. ¿Saben para qué se pone esa visera? Para no lastimarlos con la fuerza de su vista.

Los Bolometric escucharon esta amonestación con creciente angustia. ¿Cómo iban a poder seguir ocultando su nombre verdadero? Lo entregaron, pusieron a su waigel, al tigre herido, bajo la potestad de estas manos manchadas de tinta.

—Pablo Gómez Bolom.

—Daniel Hernández Bolom.

—José Domínguez Bolom.

El socio de don Juvencio taladraba a los indios con una inútil suspicacia. Como de costumbre, estaban tomándole el pelo. Después, cuando se escapaban de las fincas sin satisfacer sus deudas, nadie podía localizarlos porque el paraje al que habían declarado pertenecer no existía y los nombres que dieron como suyos eran falsos.

¡Pero no, por la Santísima Virgen de la Caridad, ya basta! El socio de don Juvencio dio un manotazo sobre la mesa, dispuesto a reclamar. Sólo que sus conocimientos de la lengua indígena no eran suficientes como para permitirle ensarzar-se en una discusión. Refunfuñando, apuntó:

—¡Bolom! Ya te voy a dar tu bolom para que aprendáis. A ver, el que sigue. Cuando hubo terminado notificó a don Juvencio.

—Son cuarenta. ¿A cuál finca los vamos a mandar?

—Le taparemos la boca a don Federico Werner, que es el que más nos apremia. Apunte usted: Finca Cafetera El Suspiro, Tapachula.

Mientras escribía, con los ojos protegidos por la visera verde, el socio de don Juvencio hurgó en la llaga:

—No son suficientes.

—¿Que no son suficientes? ¿Cuarenta indios para levantar la cosecha de café de una finca, peor es nada, no son suficientes?

—No van a llegar los cuarenta. No aguantan ni el viaje.

Y el socio de don Juvencio dio vuelta a la página, satisfecho de tener razón.

Con el anticipo que recibieron, los Bolometric iniciaron la caminata. Conforme iban dejando atrás la fiereza de la serranía, un aire tibio, amoroso, los envolvió, quebrando la rigidez de su ascetismo. Venteaban, en este aire endulzado de confusos aromas, la delicia. Y se sobresaltaban, como el sabueso cuando le dan a perseguir una presa desconocida.

La altura, al desampararlos tan bruscamente, les reventó los tímpanos. Dolían, supuraban. Cuando los Bolometric llegaron al mar creyeron que aquel gran furor era mudo.

La única presencia que no se apartó fue la del frío. No abandonaba este reducto del que siempre había sido dueño. A diario, a la misma hora, aunque el sol de los trópicos derritiera las piedras, el frío se desenroscaba en forma de culebra repugnante y recorría el cuerpo de los Bolometric, trabando sus quijadas, sus miembros, en un terrible temblor. Después de su visita, el cuerpo de los Bolometric quedaba como amortecido, se iba encogiendo, poco a poco, para caber en la tumba.

Los sobrevivientes de aquel largo verano no pudieron regresar. Las deudas añadían un eslabón a otro, los encadenaban. En la cicatriz del tímpano resonaba, cada vez más débilmente, la voz de sus mujeres, llamándolos, la voz de sus hijos, extinguiéndose.

Del tigre en el monte nada se volvió a saber.

La tregua



ROMINKA PÉREZ TAQUIBEQUET, del paraje de Mukenjá, iba con su cántaro retumbante de agua recién cogida. Mujer como las otras de su tribu, piedra sin edad; silenciosa, rígida para mantener en equilibrio el peso de la carga. A cada oscilación de su cuerpo —que ascendía la empinada vereda del arroyo al jacal— el golpeteo de la sangre martilleaba sus sienes, la punta de sus dedos. Fatiga. Y un vaho de enfermedad, de delirio, ensombreciendo sus ojos. Eran las dos de la tarde.

En un recodo, sin ruidos que anunciaran su presencia apareció un hombre. Sus botas estaban salpicadas de barro, su camisa sucia, hecha jirones; su barba crecida de semanas.

Rominka se detuvo ante él, paralizada de sorpresa. Por la blancura (¿o era una extrema palidez?) de su rostro, bien se conocía que el extraño era un caxlán. ¿Pero por cuáles caminos llegó? ¿Qué buscaba en sitio tan remoto? Ahora, con sus manos largas y finas, en las que se había ensañado la intemperie, hacía ademanes que Rominka no lograba interpretar. Y a las tímidas, pero insistentes preguntas de ella, el intruso respondía no con palabras, sino con un doloroso estertor.

El viento de las alturas huía graznando lúgubrementemente. Un sol desteñido, frío, asaeteaba aquella colina estéril. Ni una nube. Abajo, el gorgoriteo pueril del agua. Y allí los dos, inmóviles, con esa gravedad angustiosa de los malos sueños.

Rominka estaba educada para saberlo. El que camina sobre una tierra prestada, ajena; el que respira está robando el aire. Porque las cosas (todas las cosas; las que vemos y también aquellas de que nos servimos) no nos pertenecen. Tienen otro dueño. Y el dueño castiga cuando alguno se apropia de un lugar, de un árbol, hasta de un nombre.

El dueño —nadie sabría cómo invocarlo si los brujos no hubiesen compartido sus revelaciones—, el pukuj, es un espíritu. Invisible, va y viene, escuchando los deseos en el corazón del hombre. Y cuando quiere hacer daño vuelve el corazón de unos contra otros, tuerce las amistades, enciende la guerra. O seca las entrañas de

las paridoras, de las que crían. O dice hambre y no hay bocado que no se vuelva ceniza en la boca del hambriento.

Antes, cuentan los ancianos memoriosos, unos hombres malcontentos con la sujeción a que el pukuj los sometía, idearon el modo de arrebatarse su fuerza. En una red juntaron posol, semillas, huevos. Los depositaron a la entrada de la cueva donde el pukuj duerme. Y cerca de los bastimentos quedó un garrafón de posh, de aguardiente.

Cuando el pukuj cayó dormido, con los miembros flojos por la borrachera, los hombres se abalanzaron sobre él y lo ataron de pies y manos con gruesas sogas. Los alaridos del prisionero hacían temblar la raíz de los montes. Amenazas, promesas, nada le consiguió la libertad. Hasta que uno de los guardianes (por temor, por respeto, ¿quién sabe?) cortó las ligaduras. Desde entonces el pukuj anda suelto y, ya en figura de animal, ya en vestido de ladino, se aparece. Ay de quien lo encuentra. Queda marcado ante la faz de la tribu y para siempre. En las manos temblorosas, incapaces de asir los objetos; en las mejillas exangües; en el extravío perpetuamente sobresaltado de los ojos conocen los demás su tremenda aventura. Se unen en torno suyo para defenderlo, sus familiares, sus amigos. Es inútil. A la vista de todos el señalado vuelve la espalda a la cordura, a la vida. Despojos del pukuj son los cadáveres de niños y jóvenes. Son los locos.

Pero Rominka no quería morir, no quería enloquecer. Los hijos, aún balbucientes, la reclamaban. El marido la quería. Y su propia carne, no importaba si marchita, si enferma, pero viva, se estremecía de terror ante la amenaza.

De nada sirve, Rominka lo sabía demasiado bien, de nada sirve huir. El pukuj está aquí y allá y ninguna sombra nos oculta de su persecución. ¿Pero si nos acogiésemos a su clemencia?

La mujer cayó de rodillas. Después de colocar el cántaro en el suelo, suplicaba: —¡Dueño del monte, apiádate de mí!

No se atrevía a escrutar la expresión del aparecido. Pero suponiéndola hostil insistía febrilmente en sus ruegos. Y poco a poco, sin que ella misma acertara a comprender por qué, de los ruegos fue resbalando a las confesiones. Lo que no había dicho a nadie, ni a sí misma, brotaba ahora como el chorro de pus de un tumor exprimido. Odios que devastaban su alma, consentimientos cobardes, lujurias secretas, hurtos tenazmente negados. Y entonces Rominka supo el motivo por el que ella, entre todos, había sido elegida para aplacar con su humillación el hambre de verdad de los dioses. El idioma salía de sus labios, como debe salir de todo labio humano, enrojecido de vergüenza. Y Rominka, al arrancarse la costra de sus pecados, lloraba. Porque duele quedar desnudo. Pero al precio de este dolor estaba comprando

la voluntad del aparecido, del dueño de los montes, del pukuj, para que volviera a habitar en las cuevas, para que no viniera a perturbar la vida de la gente.

Sin embargo, alguna cosa faltó. Porque el pukuj, no conforme con lo que se le había dado, empujó brutalmente a Rominka. Ella, con un chillido de angustia y escudándose en el cántaro, corrió hacia el caserío suscitando un revoloteo de gallinas, una algarabía de perros, la alarma de los niños.

A corta distancia la seguía el hombre, jadeante, casi a punto de sucumbir por el esfuerzo. Agitaba en el aire sus manos, decía algo. Un grito más. Y Rominka se desplomó a las puertas de su casa. El agua escurría del cántaro volcado. Y antes de que la lamieran los perros y antes de que la embebiera la tierra, el hombre se dejó caer de bruces sobre el charco. Porque tenía sed.

Las mujeres se habían retirado al fondo del jacal, apretando contra su pecho a las criaturas. Un chiquillo corrió a la milpa para llamar a los varones.

No todos estaban allí. El surco sobre el que se inclinaban era pobre. Agotado de dar todo lo que su pobre entraña tenía, ahora entregaba sólo mazorcas despreciables, granos sin sustancia. Por eso muchos indios empezaron a buscar por otro lado su sustento. Contraviniendo las costumbres propias y las leyes de los ladinos, los varones del paraje de Mukenjá destilaban clandestinamente alcohol.

Pasó tiempo antes de que las autoridades lo advirtieran. Nadie les daba cuenta de los accidentes que sufrían los destiladores al estallar el alambique dentro del jacal. Un silencio cómplice amortiguaba las catástrofes. Y los heridos se perdían, aullando de dolor, en el monte.

Pero los comerciantes, los custitaleros establecidos en la cabecera del municipio de Chamula, notaron pronto que algo anormal sucedía. Sus existencias de aguardiente no se agotaban con la misma rapidez que antes y se daba ya el caso de que los garrafones se almacenasen durante meses y meses en las bodegas. ¿Es que los indios se habían vuelto repentinamente abstemios? La idea era absurda. ¿Cómo iban a celebrar sus fiestas religiosas, sus ceremonias civiles, los acontecimientos de su vida familiar? El alcohol es imprescindible en los ritos. Y los ritos continuaban siendo observados con exacta minuciosidad. Las mujeres aún continuaban destetando a sus hijos dándoles a chupar un trapo empapado de posh.

Con su doble celo de autoridad que no tolera burlas y de expendedor de aguardiente que no admite perjuicios, el Secretario Municipal de Chamula, Rodolfo López, ordenó que se iniciaran las pesquisas. Las encabezaba él mismo. Imponer multas, como la ley prescribía, le pareció una medida ineficaz. Se estaba tratando con indios, no con gente de razón, y el escarmiento debía ser riguroso. Para que aprendan, dijo.

Recorrieron infructuosamente gran parte de la zona. A cada resbalón de su mula en aquellos pedregales, el Secretario Municipal iba acumulando más cólera dentro de sí. Y a cada aguacero que le calaba los huesos. Y a cada lodazal en el que se enfangaba.

Cuando al fin dio con los culpables, en Mukenjá, Rodolfo López temblaba de tal manera que no podía articular claramente la condena. Los subordinados creyeron haber entendido mal. Pero el Secretario hablaba no pensando en sus responsabilidades ni en el juicio de sus superiores; estaban demasiado lejos, no iban a fijarse en asuntos de tan poca importancia. La certeza de su impunidad había cebado a su venganza. Y ahora la venganza lo devoraba a él también. Su carne, su sangre, su ánimo, no eran suficientes ya para soportar el ansia de destrucción, de castigo. A señas repetía sus instrucciones a los subordinados. Tal vez lo que mandó no fue incendiar los jacales. Pero cuando la paja comenzó a arder y las paredes crujieron y quienes estaban adentro quisieron huir, Rodolfo López los obligó a regresar a culatazos. Y respiró, con el ansia del que ha estado a punto de asfixiarse, el humo de la carne achicharrada.

El suceso tuvo lugar a la vista de todos. Todos oyeron los alaridos, el crepitar de la materia al ceder a un elemento más ávido, más poderoso. El Secretario Municipal se retiró de aquel paraje seguro de que el ejemplo trabajaría las conciencias. Y de que cada vez que la necesidad les presentara una tentación de clandestinaje, la rechazarían con horror.

El Secretario Municipal se equivocó. Apenas unos meses después la demanda de alcohol en su tienda había vuelto a disminuir. Con un gesto de resignación envió agentes fiscales a practicar las averiguaciones.

Los enviados no se entretuvieron en tanteos. Fueron directamente a Mukenjá. Encontraron pequeñas fábricas y las decomisaron. Esta vez no hubo muertes. Les bastó robar. Aquí y en otros parajes. Porque la crueldad parecía multiplicar a los culpables, cuyo ánimo envilecido por la desgracia se entregaba al castigo con una especie de fascinación.

Cuando el niño terminó de hablar (estaba sin aliento por la carrera y por la importancia de la noticia que iba a transmitir), los varones de Mukenjá se miraron entre sí desconcertados. A cerros tan inaccesibles como éste, sólo podía llegar un ser dotado de los poderes sobrenaturales del pukuj o de la saña, de la precisión para caer sobre su presa de un fiscal.

Cualquiera de las dos posibilidades era ineluctable y tratar de evadirla o de aplazarla con un intento de fuga era un esfuerzo malgastado. Los varones de Mukenjá afrontaron la situación sin pensar siquiera en sus instrumentos de labranza como en armas defensivas. Inermes, fueron de regreso al caserío.

El caxlán estaba allí, de bruces aún, con la cara mojada. No dormía. Pero un ronquido de agonizante estrangulaba su respiración. Quiso ponerse de pie al advertir la proximidad de los indios, pero no pudo incorporarse más que a medias, ni pudo mantenerse en esta postura. Su mejilla chocó sordamente contra el lodo.

El espectáculo de la debilidad ajena puso fuera de sí a los indios. Venían preparados para sufrir la violencia y el alivio de no encontrar una amenaza fue pronto sustituido por la cólera, una cólera irracional, que quería encontrar en los actos su cauce y su justificación.

Barajustados, los varones se movían de un sitio a otro inquiriendo detalles sobre la llegada del desconocido. Rominka relató su encuentro con él. Era un relato incoherente en que la repetición de la palabra pukuj y las lágrimas y la suma angustia de la narradora dieron a aquel frenesí, todavía amorfo, un molde en el cual vaciarse.

Pukuj. Por la mala influencia de éste que yacía aquí, a sus pies, las cosechas no eran nunca suficientes, los brujos comían a los rebaños, las enfermedades no los perdonaban. En vano los indios habían intentado congraciarse con su potencia oscura por medio de ofrendas y sacrificios. El pukuj continuaba escogiendo sus víctimas. Y ahora, empujado por quién sabe qué necesidad, por quién sabe qué codicia, había abandonado su madriguera y, disfrazado de ladino, andaba las serranías, atajaba a los caminantes.

Uno de los ancianos se aproximó a él. Preguntaba al caído cuál era la causa de su sufrimiento y qué vino a exigirles. El caído no contestó.

Los varones requirieron lo que hallaron más a mano para el ataque: garrotes, piedras, machetes. Una mujer, con un incensario humeante, dio varias vueltas alrededor del caído, trazando un círculo mágico que ya no podría trasponer.

Entonces la furia se desencadenó. Garrote que golpea, piedra que machaca el cráneo, machete que cercena los miembros. Las mujeres gritaban, detrás de la pared de los jacales, enardeciendo a los varones para que consumaran su obra criminal.

Cuando todo hubo concluido los perros se acercaron a lamer la sangre derramada. Más tarde bajaron los zopilotes.

El frenesí se prolongó artificialmente en la embriaguez. Alta la noche, aún resonaba por los cerros un griterío lúgubre.

Al día siguiente todos retornaron a sus faenas de costumbre. Un poco de sequedad en la boca, de languidez en los músculos, de torpeza en la lengua, fue el único recuerdo de los acontecimientos del día anterior. Y la sensación de haberse liberado de un maleficio, de haberse descargado de un peso insoportable.

Pero la tregua no fue duradera. Nuevos espíritus malignos infestaron el aire. Y las cosechas de Mukenjá fueron ese año tan escasas como antes. Los brujos, comedores de bestias, comedores de hombres, exigían su alimento. Las enfermedades también los diezmaban. Era preciso volver a matar.

A c e i t e g u a p o



CUANDO cavaba los agujeros para sembrar el maíz en las laderas de Yalcuc, Daniel Castellanos Lampoy se detuvo, fatigado. Ahora el cansancio ya no lo abandonaba. Sus fuerzas habían disminuido y las tareas quedaban, como ahora, sin terminar.

Reclinado contra un árbol, Daniel se quejaba, predecía amargamente otro año de escasez y malas cosechas, inventaba disculpas para satisfacer al dueño del terreno con quien seguiría en deuda. Pero no se detenía en la causa más inmediata de sus desgracias: había envejecido.

Tardó en darse cuenta. ¿Cómo iba a advertir el paso del tiempo si su transcurso no le había dejado nada? Ni una familia, que se disgregó con la muerte de la mujer; ni el fruto de su trabajo, ni un sitio de honor entre la gente de su tribu. Daniel estaba ahora como al principio: con las manos vacías. Pero tuvo que admitir que era viejo porque se lo probaron las miradas torvas de sospecha, rápidas de alarma, pesadas de desaprobación de los demás.

Daniel sabía lo que significaban esas miradas: él mismo, en épocas anteriores, había mirado así a otros. Significaban que un hombre, si a tal edad ha sido respetado por la muerte, es porque ha hecho un pacto con las potencias oscuras, porque ha consentido en volverse el espía y el ejecutor de sus intenciones, cuando son malignas.

Un anciano no es lo mismo que un brujo. No es un hombre que conoce cómo se producen y cómo se evitan los daños; no es una voluntad que se inclina al soborno de quienes la solicitan ni una ciencia que se vende a un precio convenido. Tampoco es un signo que se trueca a veces en su contrario y puede resultar beneficioso.

No, un anciano es el mal y nadie debe acercársele en busca de compasión porque es inútil. Basta que se siente a la orilla de los caminos, a la puerta de su casa, para que lo que contempla se transforme en erial, en ruina, en muerte. No valen súplicas ni regalos. Su presencia sola es dañina. Hay que alejarse de él, evitarlo; dejar

que se consuma de hambre y necesidad, acechar en la sombra para poner fin a su vida con un machetazo, incitar a la multitud para su lapidación.

La familia del anciano, si la tiene, no osa defenderlo. Ella misma está embargada de temor y ansía acabar de una vez con las angustias y los riesgos que trae consigo el contacto con lo sobrenatural.

Daniel Castellanos Lampoy comprendió, de golpe, cuál era el futuro que le aguardaba. Y tuvo miedo. Por las noches el sueño no descendía a sus ojos, tensamente abiertos al horror de su situación y a la urgencia de hallar una salida.

Insensiblemente Daniel se apartó de todos; ya no asistía a la plaza en los días de mercado porque temía encontrarse con alguien que después atribuyera a ese encuentro un tropezón en el camino, un malestar súbito, la pérdida de un animal del rebaño.

Pero ese mismo apartamiento terminaría por hacerlo sospechoso. ¿A qué se encerraba? Seguramente a fraguar la enfermedad, el quebranto, el infortunio que luego padecerían los otros.

No es fácil borrar el estigma de la vejez. La gente recuerda: cuando yo era niño, Daniel Castellanos Lampoy ya era un hombre de respeto. Ahora el hombre de respeto soy yo. ¿Cuántos años han tenido que pasar?

No importa la cuenta. Lo que importa son los surcos de la piel, el encorvamiento de la espalda, la debilidad del cuerpo, las canas, cuya misma rareza son un signo más de predestinación. Y esas pupilas cuya opacidad oculta una virtud anquiladora.

¿Dónde refugiarse contra la persecución sorda, implacable de la tribu? Instintivamente Daniel pensó en la iglesia: junto al altar de las divinidades protectoras nadie se atrevería a acercarse para rematarlo.

Sí, lo que Daniel necesitaba era convertirse en “martoma”, en mayordomo de algún santo de la iglesia de San Juan, en Chamula.

Para lograr su propósito iba a encontrar dificultades y esto no lo ignoraba Daniel. ¿Qué méritos podía aducir delante de los principales? En sus antecedentes no había un solo cargo, ni siquiera civil, mucho menos religioso. No podía ostentar un título de “pasada autoridad” y además ahora había sido ya marcado por la decrepitud. Y sin embargo, Daniel tenía que convencer a todos con el calor de sus alegatos, la humildad de sus ruegos, la abundancia de sus dádivas.

Pero Daniel no era elocuente. Hacía años, los años de la viudez, de la ausencia de los hijos, de la soledad, que no hablaba con nadie. Había ido olvidando lo que significaban las palabras y ya no atinaba con el nombre de muchos objetos. Para hilvanar una frase buscaba arduamente las concordancias y no lograba expresarse

con claridad ni con fluidez. Al sentir fija en él la atención de sus interlocutores un golpe repentino de sangre le sobrevinía a la garganta y se precipitaba a terminar en un tartamudeo penoso. ¿Cómo iba a presentarse a la asamblea y de qué manera iba a defender su ambición? La única posibilidad de éxito que le restaba era el soborno.

Daniel Castellanos Lampoy desenterró la olla de su dinero para contarla. Con incredulidad pasaba y repasaba las monedas entre sus dedos; siempre había tenido la certidumbre de que eran más y ahora, al verlas tan pocas y tan sin valor, no salía de su asombro.

Por fin tomó un camino conocido: el de la hacienda El Rosario, de la que era peón acasillado.

Don Gonzalo Urbina lo vio acercarse con desconfianza y antes de que empezara a exponer el motivo de su visita se adelantó a reclamarle el atraso de sus pagos. Daniel tuvo que conformarse con aplacar las exigencias del caxlán, con prometer mayor puntualidad en el futuro, pero ya no tuvo ocasión de pedir el empréstito que tanta falta le hacía.

Don Gonzalo escuchaba las protestas de Daniel con un gesto de severidad fingido. En el fondo estaba contento. Desde el principio olfateó lo del préstamo y con una argucia lo había evitado. Le daba lástima este pobre indio que no tenía siquiera un petate en que caerse muerto y cuyos hijos se negaban, desde hacía años, a reconocer las deudas que contrajera. Le daba lástima ¿pero a dónde iba a ir a parar su negocio si se ponía a hacer favores? Primero es la obligación y luego la devoción, qué caray.

Daniel regresó a su jacal, desalentado. ¿A quién iba a recurrir ahora? Pensó en los enganchadores de Ciudad Real, pero desechó pronto esa idea. Ningún enganchador iba a admitir para las fincas un hombre en sus condiciones. Tres años antes, cuando quiso irse a la costa para juntar algunos centavos, lo rechazaron porque querían hombres más jóvenes, más resistentes para los rigores del clima y la fuerza del trabajo.

Pero lo que el día le ocultaba se lo mostró el insomnio: un plan que iba a proponerle a don Juvencio Ortiz.

Don Juvencio, el enganchador, tenía a Daniel Castellanos en buen predicamento porque nunca le había quedado mal. Dinero había sudado para él en las fincas, antes, cuando no era viejo; recomendaciones favorables había traído de los patrones. Don Juvencio daría crédito a sus palabras, lo engañaría con la promesa de que el enganchado no era él sino uno de sus hijos... o quizá los dos. Pediría el anticipo y se fugaría. ¿Quién iba a encontrarlo si se marchaba de su paraje? Además nadie tendría interés en buscarlo a él sino a sus hijos, que eran los del compromi-

so, y de quienes llevaría el retrato. Si los encontraban los fiscales y los obligaban a irse a las fincas, Daniel estaría contento. Justo castigo al abandono en que lo mantuvieron durante tantos años; justo castigo a su ingratitud, a la dureza de su corazón.

Don Juvencio no desconfió de las razones de Daniel. Se acordaba de este indio que en sus buenos tiempos fue un peón cumplido; conocía también a sus hijos, pero algo le hacía rascarse meditativamente la barbilla. ¿No había oído decir que estaban distanciados del padre? Daniel negó con vehemencia. La prueba de lo contrario la traía él en los retratos y en el encargo que le hicieron para que arreglarla sus asuntos con el enganchador y para que recogiera los anticipos. No de uno, sino de los dos, insistía Daniel.

—¿Sabes lo que te pasará si me estás echando mentiras, chamulita?

Daniel asintió; sabía que don Juvencio estaba en poder de su nombre verdadero, de su chulel y del waigel de su tribu. Tembló un instante, pero luego se repuso. Junto a los altares de San Juan ya no lo amenazaría ningún riesgo.

Don Juvencio Ortiz terminó por aceptar apuntando los nombres de los hijos de Daniel en sus libros. Entregó el dinero al anciano quien se puso en camino directamente a Chamula.

Allí se informó de los trámites que era necesario seguir para alcanzar el nombramiento de “martoma”. Habló con el sacristán del templo, Xaw Ramírez Paciencia, asistió a las deliberaciones públicas de los principales y, en su oportunidad, hizo sonar las monedas que traía.

Los demás lo miraban con un destello de burla. ¿Cómo había crecido, en un hombre ya doblado por la edad, ambición tan extemporánea? Pobre viejo; quizá ésta sería su última satisfacción.

Mientras tanto, Daniel ponía en práctica las argucias que su malicia le aconsejaba. Se había vuelto más madrugador de lo que solía. Cuando el sacristán, soñoliento y desgredado, bajaba de las torres con sus enormes llaves para abrir las puertas de la iglesia, encontraba a Daniel ya aguardándolo. Entraba en su seguimiento y permanecía horas y horas de rodillas ante cualquier imagen, rezando confusamente en alta voz.

Hizo Daniel tantos aspavientos de devoto que eso y la esperanza de la recompensa que de él recibirían determinaron a los principales a obrar en favor del anciano. Se le concedió la dignidad de mayordomo de Santa Margarita.

Ahora Daniel ya tenía, por fin, delante de quién arrodillarse, a quién hacer objeto de sus cuidados y sus atenciones más esmeradas. Ya tenía, por fin, con quién hablar.